

Jorge Hernández Martínez *

Una casa dividida: una mirada a la guerra civil 150 años después

El presente trabajo expone reflexiones motivadas por la conmemoración del 150 aniversario de la guerra civil en los Estados Unidos, cuyas fechas de inicio y final fueron recordadas en 2011 y 2015, considerando no sólo la significación histórica del conflicto en el siglo XIX --tanto para el desarrollo económico capitalista como para la definición del Estado y del proyecto nacional-- , sino la vigencia de su legado en el XXI¹. Y es que en la actualidad ese país vuelve a estar sumamente dividido e inmerso en profundas contradicciones. El rumbo de la nación, el carácter del gobierno, la relación Estado/sociedad, los derechos de grupos que son objeto de discriminación e intolerancia, el balance entre lo federal y lo estadual, el modo de asumir los valores que sostienen la identidad cultural, se hallan hoy, de nuevo, en el centro del debate.

Sobre esa base, se examinan los principales aspectos que fijan la fisonomía histórico-cultural de los Estados Unidos, tejiendo vasos comunicantes a través de los pasados siglos

* Profesor e Titular. Director del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), de la Universidad de La Habana

¹ Véase Barrington Moore, Jr. "La guerra civil americana: la última revolución capitalista"; en Barrington Moore Jr. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Editorial Península, Barcelona, 1991.

XIX y XX, hasta el contexto interno que define a la sociedad norteamericana en el último año de gobierno de la segunda Administración de Barack Obama, que es antesala de la contienda presidencial de 2016. El objetivo es analizar las tendencias que se advierten en el universo político e ideológico de ese país, reteniendo determinados antecedentes históricos.

La sociedad norteamericana sigue siendo escenario, un siglo y medio después de culminada la guerra civil, de hondas contradicciones y conflictos que se expresan en el diferendo político acerca de las cuestiones señaladas, alrededor del cual se polarizan las figuras y los partidos en los momentos de elecciones presidenciales, tanto a través de las plataformas que promueven demócratas y republicanos como de las opciones ideológicas que distinguen, dentro y fuera de ambas organizaciones partidistas, a liberales y conservadores, más allá de tales coyunturas.

A mediados de la segunda década del siglo XXI siguen replanteándose, incluso con fuerza renovada, las antinomias que desde el decenio de 1980, bajo la denominada revolución conservadora, dividían al país entre los defensores del proyecto de nación de connotación liberal y keynesiana, establecido desde el *New Deal* por Roosevelt, y sus detractores, favorecedores del proyecto conservador que abrazaba las propuestas neoclásicas, basadas en la economía enfocada hacia la oferta y el monetarismo; las primeras a favor de un Estado fuerte y con creciente papel en la vida social; las segundas, oponiéndose a ello y esgrimiendo el protagonismo del mercado.

Desde luego que hoy las circunstancias son otras, y las formas en que se manifiestan las propuestas conservadoras incorporan nuevos ingredientes, pero de alguna manera recrean pretensiones e ideales de los años de 1980.

Para caracterizar de modo gráfico la presente situación podría acudirse, en sentido figurado, a la célebre expresión que utilizara Lincoln el 16 de junio de 1858, glosando una frase bíblica, durante su intenso debate con Douglas, en el marco de la campaña por la representación del estado de Illinois en el Senado: “una casa dividida contra sí misma no puede perdurar”.

La sociedad estadounidense ha sido escenario de una prolongada crisis --entendida ésta como cambio-- y de profundas transformaciones en la estructura de su sociedad y de su economía, llevando consigo importantes mutaciones tecnológicas, socioclasistas, demográficas, con expresiones también sensibles para las infraestructuras industriales y urbanas, los programas y servicios sociales gubernamentales, la cultura y el papel de la nación en el mundo. Se trata de mutaciones graduales y acumuladas, que durante los últimos treinta años han modificado la fisonomía integral norteamericana, generando una gradual y creciente incapacidad del gobierno para cumplir con sus funciones, un debilitamiento de los partidos, una independización de la acción de los legisladores, junto a una enajenación o extrañamiento del electorado ante el sistema político, que ha llevado a buena parte de la sociedad hacia el abstencionismo, indiferencia, incredulidad, desconfianza. Ello

ha erosionado las bases ideológicas del consenso y alejado progresivamente el espectro político del liberalismo tradicional, propiciando el agotamiento del proyecto nacional que se estableció en la década de 1980, bajo la citada revolución conservadora --con la doble Administración Reagan y el único gobierno de George H. Bush--, recibiendo un aliento renovado o “un segundo aire” como secuela de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. Esto último condicionó un terreno fértil para el florecimiento de las concepciones y prácticas consustanciales a aquellos tiempos de florecimiento conservador, durante los ocho años que George W. Bush ocupó la Casa Blanca.

El proceso actualmente en curso en la segunda década del siglo XXI --derivado tanto de las citadas crisis y transformaciones como del agotamiento implicado-- no ha conllevado, aún, una versión sustitutiva del proyecto nacional, de modo que ante tales indefiniciones y búsquedas, los Estados Unidos enfrentan un escenario de transiciones objetivas que mantienen tensiones y enfrentamientos e impiden la rearticulación subjetiva del consenso. Si bien el proyecto conservador avanzado por Reagan en los años de 1980 y rescatado por la doble Administración de W. Bush durante casi un decenio, a partir de 2001, concluyó con su visible decadencia, sus reminiscencias aún perduran, en tanto que no termina de cristalizar una propuesta alternativa desde el liberalismo ni se advierten perspectivas en el corto plazo. Lo que se aprecia en el espectro político-ideológico estadounidense es una conflictiva coexistencia de posiciones de derecha y de centro-liberal a distintos

niveles, que atraviesan al Ejecutivo, al Congreso, los partidos, la opinión pública y los círculos intelectuales. Las divergencias no tienen ahora que ver, naturalmente, con la esclavitud ni con los otros puntos contenciosos que al comenzar el decenio de 1860, enfrentaban al Norte, que producía para el mercado interno y exigía el proteccionismo, y al Sur, agro-exportador, que defendía el libre comercio. Sin embargo, la polémica y las divisiones en torno al modo de encarar la relación Estado/sociedad que se manifiestan desde W. Bush hasta Obama lleva consigo la pugna por una nueva redefinición del proyecto nacional, como ocurrió durante la guerra civil, el *New Deal* y la revolución conservadora.

En resumen, el trasfondo cultural norteamericano refleja la postración del modelo liberal y el escepticismo ante la oferta conservadora. Los años de W. Bush llevaron a la nación a una era de desencanto, desilusión, incredulidad, al punto que -- utilizando una expresión muy manida en el lenguaje político y en el imaginario de ese país-- cuando los líderes políticos pretenden apelar a “los corazones y las mentes”, no consiguen rearticular el consenso nacional. Y así las cosas, entre marcadas polarizaciones, tendría sentido parafrasear a Lincoln: una casa dividida, no podría perdurar.

I

Ha transcurrido siglo y medio desde que terminó la guerra civil, y aún la conmemoración de aquél hecho continúa dividiendo y fascinando a la sociedad norteamericana, ya que cada año se realizan

centenares de representaciones de escenas de aquel conflicto. Así sucedería cuando no hace mucho, se volvió a vivir la conflagración secesionista en el mismo territorio sureño, a través de un colorido espectáculo, de una forma realista, ruidosa, en medio de salvas de artillería y de actores que interpretaban la célebre Batalla del Puente Sangriento, de 1864, considerada como una victoria destacada para la Confederación².

De cierta manera, las intensas discusiones que tienen lugar hoy en los Estados Unidos en torno a los derechos de los estados, tomando como ejemplo la posición que defiende esa organización de extrema derecha y populista que es el *Tea Party*, reproducen divisiones que evocan temas como los de entonces, vinculados al racismo. Tómese como otra ilustración al presidente del país en aquel momento, y líder de la Unión, Abraham Lincoln, cuya figura goza de la veneración propia de un prócer de la patria, defendiendo la causa de los esclavos, de origen africano, y al de hoy, un hombre de piel negra. La narrativa de los “perdedores”, es decir, de los exponentes ideológicos del llamado “sur profundo”, continúa conservando su seducción para una buena parte de la sociedad estadounidense, en la cual la imagen de Lincoln, como la de Obama, es cuestionada, presentándole incluso como traidor a la tradición fundacional de la nación y a la esencia de la identidad norteamericana.

De acuerdo con una encuesta realizada por la cadena televisiva *CNN* en 2011, a raíz del 150

² Estos datos fueron tomados de un reportaje televisivo en un programa especial de *CNN* moderado por el periodista Carlos Montero, titulado “La guerra civil norteamericana a la luz de hoy”, exhibido en la programación nocturna el 12 de abril de 2011.

aniversario del comienzo de la guerra, un 52% de los estadounidenses opinó que la razón por la que los estados del Sur optaron por la secesión fue la preservación de la esclavitud, que los estados norteros pretendían abolir. Y aunque esta es la visión que asume la contradicción socioeconómica real, de fondo, que articulaba el choque con la pujanza que reclamaban las fuerzas productivas de la dinámica industrialización que trataba de expandirse, con predominio dentro de la historiografía referida a los Estados Unidos, un 42% de los encuestados manifestó, en cambio, que la esclavitud no fue la principal razón por la que estalló la guerra civil, sino que habría sido el celo de los estados del Sur por mantener sus derechos, su soberanía, frente a un gobierno central en expansión.

Esta es la narrativa adoptada por muchos líderes políticos sureños durante las últimas décadas que han realizado homenajes a la bandera, o a los soldados, que lucharon con la Confederación. Y es que, ante la repulsa moral unánime que suscita hoy en día una práctica como la esclavitud, no es posible reivindicar la lucha de los ancestros sin restar importancia a este asunto. La división es menos pronunciada si se pregunta a los encuestados sobre su simpatía con los dos bandos en pugna. En este sentido, resulta significativo que casi un cuarto de la población favorecería a los confederados, frente a un 67% que prefería a las tropas de la Unión.

Según Holland Keating, el responsable de las encuestas de *CNN*, se trataba de que tales respuestas reflejaban las divisiones raciales, políticas y geográficas en torno a un tema de

tanta sensibilidad como el de la guerra civil. Así, mientras una mayoría de demócratas señalaba la esclavitud como la causa de la guerra, los republicanos, por su parte, destacaban que era la naturaleza de la relación entre el gobierno central y los gobiernos estatales lo que la había generado.³

Esta división no sólo tiene un reflejo en las encuestas, sino también en el debate político que se suscitó en 2011 y persiste hoy. Por ejemplo, una de las principales líneas de ataque contra la reforma sanitaria impulsada por el presidente Obama atendía a su presunta violación de los derechos de los estados federados. Sus posturas a favor de una reforma migratoria ha sido objeto también de virulentos cuestionamiento.

Algunos líderes del partido republicano pretenden que el Gobierno federal devuelva poderes a esos estados, acogiendo a la décima enmienda de la Constitución, que le otorgaba a éstos todas las competencias no asignadas al gobierno federal en la Carta Magna.

En las contradicciones y conmociones que marcan la sociedad norteamericana contemporánea, pareciera reafirmarse un camino signado por el fundamentalismo religioso, el conservadurismo político y el populismo, junto a un liberalismo debilitado, sin muchas perspectivas de recomposición. Si bien el proyecto conservador avanzado por Reagan a lo largo de una década y rescatado por la doble Administración de George W. Bush durante casi un decenio concluyó con su visible decadencia, sus

³ *Idem.*

reminiscencias aún perduran, en tanto que no cuaja una definición alternativa desde el liberalismo ni se advierten perspectivas en el corto plazo. Lo que se aprecia en el espectro político-ideológico estadounidense es una conflictiva coexistencia de posiciones de derecha y de centro-liberal a distintos niveles, que atraviesan al Ejecutivo, al Congreso, los partidos, la opinión pública y los círculos intelectuales. Más allá de la política, convergen en ella inquietantes expresiones ideológicas que a través de experiencias como las de la derecha religiosa, las iglesias protestantes, la sociedad John Birch, el Ku-Klux Klan, la Asociación Nacional del Rifle, el *Tea Party*, se extienden por la sociedad civil, por el entramado cultural, favoreciendo caminos que se aproximan en ciertos puntos a la ideología y las prácticas fascistas, con bases sociales heterogéneas desde el punto de vista profesional, social, clasista, étnico y racial.

En tanto que los Estados Unidos experimentan a pesar de las relativas recuperaciones una sustancial crisis financiera y económica junto a una ya no menos sostenida quiebra de su hegemonía internacional, al nivel de su cultura política se registra un resquebrajamiento y destrucción del sistema de valores que se manifiesta en una definida crisis cultural que replantea los códigos definitorios de la identidad nacional, se lo que es “ser norteamericano”; se relativiza y cuestiona la viabilidad del “sueño americano”, la legitimidad del *american way of life*. Por una parte, es notoria la contraposición con lo establecido desde una posición contestataria, de inconformidad, como el efímero movimiento de izquierda *Occuy Wall Street*,

limitado en duración, alcances, capacidad de convocatoria e impactos. Por otra, está la opción conservadora, como la del *Tea Party*, tan extremista que terminó por dividir las filas republicanas, al entrar en conflicto con la derecha tradicional. La atmósfera impuesta por la secuela del 11 de septiembre todavía perdura, no sólo a nivel de las prácticas institucionales (como las asociadas a la llamada Ley Patriótica), segregacionistas, xenófobas y anti-inmigrantes, sino también de la conciencia social y la psicología nacional.

La victoria demócrata en las elecciones presidenciales de 2008 y la reelección de Obama en 2012 en los Estados Unidos fueron hitos que replantearon con nuevo vigor un importante debate que durante años ha atravesado a las ciencias sociales y al pensamiento político contemporáneo. Se trata de la vieja polémica acerca de la validez de las denominadas teorías cíclicas o de la rotación social --que pretendían dar cuenta de los grandes virajes en la historia mundial, al estilo de Oswald Spengler, Arnold Toynbee o Arthur Schlesinger Jr.--, la cual adquiere una renovada vigencia a partir de los triunfos electorales de Obama. De alguna manera, resurge el dilema entre opciones que codifican con énfasis diferentes la relación capitalismo/democracia. Entre un modelo que afirma un Estado de bienestar que invade el ámbito de la economía, establece regulaciones y un mercado social, y un paradigma que propugna la contracción estatal, junto a un mercado libre y desregulado.

La culminación de los dos períodos de gobierno de W. Bush significaría el entierro

del proyecto nacional estructurado a inicios de la década de 1980 dentro del contexto de la llamada revolución conservadora, con Ronald Reagan, como alternativa ante la crisis del modelo que estableció el *New Deal* desde el decenio de 1930, con Franklin Delano Roosevelt. Con propuestas coherentes que redefinían la manera en que el diseño rooseveltiano encaró desde entonces la conocida relación identificada con la antinomia Estado-sociedad el proyecto de nación que nació bajo las condiciones de las diversas crisis que confluyeron entre fines de los años de 1970 y comienzos de los de 1980, se organizaba en torno a la reducción del papel del Estado en la vida social y económica del país, al estímulo del libre mercado, la aplicación de economía enfocada hacia la oferta y el monetarismo, la crítica a las prácticas demócratas de orientación política liberal, la apelación a la fuerza militar, al anticomunismo, el nacionalismo chauvinista. Ese proyecto proponía una agenda de rescate de los valores ensamblados en la base del consenso nacional tradicional o del conocido “credo” norteamericano.

Transcurridos unos treinta años, la primera Administración Obama nace bajo signos de cambios. ¿se trataba de un cambio de época o de una época de cambio? La distinción parecía una veleidad o un eufemismo. Pero lo que encerraba la aparente o real disyuntiva tenía que ver con la determinación de hasta qué punto entonces -como sucedió entre 1978 y 1980-- los Estados Unidos se encontraban, como entonces, inmersos en un proceso de transformación que trascendía el mero “cambio de guardia” partidista o ideológico.

El retorno demócrata a la Casa Blanca en 2008 se insertaba en un proceso de mayor profundidad que el que se advierte en la alternancia entre los dos partidos que compiten en la arena electoral por la presidencia o entre las corrientes ideológicas que les acompañan; en términos metafóricos, no parecía tratarse de una oscilación simétrica del péndulo en el reloj de pared que constituiría el espectro electoral norteamericano, en su movimiento cuatrienal, no se reducía a un “cambio de guardia” entre republicanos y demócratas, ni entre conservadores y liberales. Con la permanencia de Obama en la casa Blanca a partir de 2012, las condiciones en que se desarrolla la dinámica política estadounidense durante el segundo decenio del siglo XXI ampliaron la decadencia ya iniciada del proyecto nacional conservador y propiciaron su bancarrota, si bien sigue sin cristalizar la conformación de un nuevo modelo --el cual se halla en estructuración--, cuyos contenidos aún son fragmentarios o difusos, y sus perfiles están insuficientemente definidos. El ciclo político que podría estar implicado en la transición que tiene lugar requiere de una acuciosa interpelación de la realidad histórica, sociológica y cultural que someta a verificación factual, sobre bases empíricas, las teorías existentes, lo cual desborda los propósitos de este trabajo, y requerirá una lectura posterior a las elecciones presidenciales de 2016.⁴

De modo que lo que puede afirmarse como hipótesis, a la luz de 2015, es que el proyecto

⁴ La de Arthur M. Schlesinger, Jr., es la más conocida y seria. Véase su libro *Los ciclos de la historia americana*, Editorial REI, Buenos Aires, 1990.

de nación que ha venido apuntalando al sistema se viene abajo, por momentos de manera casi imperceptible --cual desmoronamiento de un montículo de polvo, que a diario pierde determinadas unidades minúsculas--, por momentos de modo claramente visible. El discernimiento o precisión de esas tendencias, contradicciones y perspectivas no es un ejercicio académico fútil o trivial, sino un paso necesario metodológico y cognoscitivo para comprender las proyecciones del imperialismo. La importancia de un análisis de este tipo la dejó indicada desde hace tiempo Luis Maira, al enfatizar la complejidad teórico-metodológica y la significación político-práctica de un problema, justamente, como el que nos ocupa: “uno de los problemas más serios que puede afrontar un sistema político es el del agotamiento del proyecto nacional que le sirve de fundamento sin que exista oportunamente uno alternativo para reemplazarlo. Cuando esta posibilidad ocurre, tanto el Estado y sus aparatos como la sociedad en que aquellos se insertan comienza a funcionar a la deriva, en un cuadro dominado por la simple administración de la crisis; semejante situación produce, como primer efecto, un completo desajuste entre las tendencias de corto y largo plazo del proceso político”⁵.

El proceso y los fenómenos en curso prolongan en buena medida el legado de W. Bush y, en general, la herencia de la revolución conservadora iniciada con Reagan, treinta años atrás. Obama recibió,

⁵ Luis Maira, “EEUU: ¿un modelo agotado? Las elecciones y el proyecto nacional”, en *Nueva Sociedad*, Caracas, No. 69, Nov-Dic 1983, p. 96.

por ejemplo, el Premio Nobel de la Paz, pero bajo sus presidencias, no han cesado las guerras. Las dos Estrategias de Seguridad Nacional que presentó, la de mayo de 2010 y la de febrero de 2015, mantienen, bajo mucho maquillaje, códigos belicistas. ¿Hasta donde puede afirmarse que los Estados Unidos se hallan ante un eventual y nuevo proyecto nacional? ¿Podrá decirse que al terminar el segundo mandato de Obama, apelando a tales o cuales concepciones y prácticas, se produjo una remodelación profunda del Estado y la sociedad, de sus interrelaciones? ¿Habrán llegado entonces los Estados Unidos a una forma superior y nueva de organización capitalista, más eficiente ante los imperativos de reproducción del sistema en el siglo actual, como sucedió con la guerra civil y con el *New Deal*? El presente análisis no pretende responder a tales preguntas, aunque se inclina por una prematura respuesta negativa. Más bien su intención es argumentar una hipótesis, para ulteriores aproximaciones.

II

Es conocido que la sociedad norteamericana arriba al presente siglo a través de un camino sinuoso, definido por contradicciones de diversa índole. Se trata de un proceso de reacomodo o transición hegemónica que experimenta como país líder del sistema capitalista mundial, con lo cual el imperialismo norteamericano asume características que lo tornan más agresivo (como reacción y consecuencia), tanto a nivel interno como internacional.

De alguna manera, ese proceso se ha venido prolongando a lo largo de los últimos treinta años, a través de rearticulaciones de la capacidad o condición hegemónica que le caracterizaron con posterioridad a la segunda guerra mundial y durante las cuatro décadas del período de guerra fría⁶. En ese trayecto, constituye un punto de inflexión la crisis que los Estados Unidos comienzan a enfrentar alrededor de 1980, como colofón de la sumatoria de factores y circunstancias acumulados --dentro y fuera de la sociedad norteamericana--, que se entrelazan entonces con un impacto más definitivo, en la coyuntura electoral de dicho año.

Como resultado de tal acumulación, en la que sobresalían los efectos anudados de la década precedente (el escándalo Watergate, la recesión económica de mediados del decenio, la derrota en Vietnam, junto a procesos de liberación nacional y conflictos que erosionaban la imagen y el poderío de los Estados Unidos en el mundo), la política norteamericana enfrenta una etapa de crisis en la que procura (a nivel declarativo y factual) la recuperación de la hegemonía perdida, lo cual se expresa en el afianzamiento de lo que, como ya se mencionó, se denominó como revolución conservadora.

Dentro de ese contexto se consolida y establece, bajo una nueva institucionalidad, la cultura política que de manera remozada se expresa en la actualidad, apelando a antecedentes y componentes ensamblados en la historia norteamericana, que propician

la profundización de valores, enfoques y decisiones que cristalizan en una dimensión ideológica que resulta muy funcional y complementaria a los requerimientos de la restauración hegemónica. Salvando distancias lógicas, podría afirmarse que en el esfuerzo que llevan a cabo los Estados Unidos en el siglo XXI al enfrentar los reacomodos de la transición, la cultura política aludida resulta tan funcional como en otras épocas, desde el punto de vista de la legitimidad que le confiere a su agresividad doméstica y exterior. El corolario de la hipótesis implicada es que, en gran medida, esa cultura reproduce una permanencia de los contenidos e instrumentos de la cultura de la guerra fría, más allá de los ajustes en los propósitos y direcciones de la política norteamericana. Y retoma, una y otra vez, nutrientes encontrados desde el temprano nacimiento de la nación y el desarrollo del capitalismo, asociados a las concepciones del destino manifiesto, el aislacionismo, el expansionismo y la tradición demoliberal, entre otros.

Los Estados Unidos fueron la primera nación moderna, anticipada en su gestación incluso a la sociedad burguesa que nace de la revolución francesa, un decenio después⁷. La formación de la nación norteamericana que sigue a la revolución de independencia se funda en la segunda mitad del siglo XVIII a partir del conocimiento maduro de la teoría política más avanzada en el momento en que se da el proceso de constitución de su Estado nacional, que coincide con su independencia

⁶ Véase Luis Fernando Ayerbe, *Los Estados Unidos y la América Latina. La Construcción de la Hegemonía*, Casa de las Américas-Cuba y el Ministerio de Cultura-Colombia, 2001.

⁷ Véase Louis Hartz, *La tradición liberal en los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económico, México, 1983, y Seymour Martin Lipset, *La primera nación nueva, los Estados Unidos desde una perspectiva histórica y comparativa*, EUDEBA, Buenos Aires, 1992.

de Gran Bretaña. Su surgimiento, empero, se plasma en un matizado entramado sociodemográfico, etnocultural y político-jurídico, donde se distingue la coexistencia, en la práctica, de “dos repúblicas”, cuyo desarrollo se extiende desde el decenio de 1780 hasta los años de 1860: una en el Norte, más liberal, pero que entre otras cosas, por ejemplo, negaba el sufragio a los inmigrantes católicos alemanes e irlandeses; y otra en el Sur, muy conservadora, donde prevalecía el racismo contra la población de origen africano, inspirado en las concepciones elitistas acerca de la superioridad blanca.

Además de ser un país que nació con un régimen político liberal que permanece y se reproduce, los Estados Unidos pueden asumirse al mismo tiempo como una nación que ha conocido, en lo fundamental un sólo modo de producción, el capitalista, que desde sus inicios tiende a reproducir (a partir de las experiencias, de la influencia de las relaciones sociales de producción de que eran portadores, aún sin conciencia de serlo, y del imaginario colectivo que poseían los colonos ingleses), en otro territorio, las estructuras de la sociedad británica de procedencia.

Estas afirmaciones no pueden considerarse, desde luego, sin las matizaciones obligadas que exige la propia naturaleza contradictoria y compleja de la realidad histórica. Ningún modo de producción se manifiesta de forma pura, sino a través de la mezcla de relaciones sociales diversas e incluso, contrapuestas. En este sentido, sería simplificadora y errada, por una parte, la visión socioeconómica maniquea de los Estados Unidos al margen del profundo significado de la economía de

plantación y la red de relaciones esclavistas que impone. En el mosaico histórico-concreto que define al capitalismo en los Estados Unidos como modo de producción, no pueden quedar fuera las contradicciones y particularidades que introducen elementos como los inherentes a los tipos de “productores propietarios (*farmers and mechanics*)” y el régimen de esclavitud que sostenía la producción algodonera en los estados sureños.

Tampoco podría pensarse esquemáticamente, por otra parte, a los Estados Unidos, en términos políticos, cual paradigma liberal, desconociendo el hecho de que, si bien el liberalismo solía significar la forma republicana de gobierno y la libertad personal, en ese país existía, en efecto, una república, pero conquistadora y esclavista. Es decir, no debe confundirse la imagen que construye y difunde la propaganda liberal --sobre todo hasta los años de 1930-- y la realidad socioeconómica y político-cultural realmente existente en la sociedad norteamericana.

Como puntualiza Luis Maira, “los Estados Unidos vivieron su etapa de gestación y crecimiento como nación lejos de los centros de poder fundamentales en esas etapas. Al inicio, el mundo era euro-céntrico, mediterráneo-céntrico. Eso le permitió regular su grado de participación en conflictos internacionales. Cuando se hizo independiente, en la última parte del siglo XVIII, fue un país que no quedó inmerso en la dinámica de las disputas internacionales. Se sustrajo a los conflictos en Europa y se consagró al desarrollo de las fuerzas productivas, al desarrollo productivo,

tecnológico, científico, interno, sacando obvia ventaja a las potencias europeas y en particular, a Gran Bretaña, la nación dominante en el siglo XIX. A la par, los Estados Unidos siempre han librado todas sus guerras en territorios ajenos, y la destrucción bélica la han cargado otros países. Por el contrario, han podido reforzar su economía en tiempos de guerra, tener grandes avances industriales y ningún daño en su territorio⁸. De ahí que hasta el 11 de septiembre de 2001 los Estados Unidos gozaran, en notable medida, de un alto grado de seguridad interna, en la medida que, con pocas excepciones --la guerra con Gran Bretaña en 1814 (en que la capital misma de la nación estuvo asediada), y de la guerra civil, entre 1861 y 1865 (donde la crueldad no estuvo ausente)--, los conflictos se libraron fuera de sus fronteras”⁹.

Como precisión contextual, no se pierda de vista que los Estados Unidos no gozan en la actualidad de la posición privilegiada que le caracteriza durante la segunda postguerra a nivel económico, político, militar, del consenso interno y de las alianzas internacionales de entonces, a partir de lo cual la noción de la hegemonía norteamericana era indiscutible¹⁰. Tampoco se encuentran en una situación como la que alcanzan a comienzos de la última década del siglo XX, al remontar la crisis del decenio anterior y lograr la recomposición relativa de

la hegemonía perdida, mediante el enorme poderío militar y mediático que exhibe en la guerra del Golfo Árabe-Pérsico que se despliega entre 1990 y 1991, en un mundo en pleno proceso de reestructuración.

Los acontecimientos del 11 de septiembre propician el despliegue, ampliación y consolidación de una plataforma ideológica que si bien focaliza un “nuevo” enemigo --el terrorismo--, que viene a ocupar el lugar del eje articulador de la política exterior que durante la guerra fría clásica lo constituía el comunismo internacional, retoma elementos de continuidad que están en la base de la cultura política norteamericana, y que al mismo tiempo brindan legitimidad a la política interna. En los Estados Unidos prevalece un conjunto de percepciones, ideas y doctrinas políticas, constitutivas de una suerte de tronco común, que pueden considerarse como manifestaciones que forman un tejido ideológico, psicológico, cultural. Desde una perspectiva histórica y sociológica, en la cultura política estadounidense contemporánea se siguen reproduciendo muchos de los códigos de la guerra fría.

Esa cultura política puede ser entendida como el conjunto de valores y convicciones que se expresan desde finales de los años de 1940, a través de la ideología y la psicología social, marcando a nivel interno y externo una cosmovisión simplificadora de intolerancia, chauvinismo, puritanismo, expansionismo y agresividad, que incluso antecede a la segunda guerra mundial.

Es en el fértil terreno de finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente donde florece un proceso que (como rechazo de lo

⁸ Véase Richard Hofstadter, *La tradición política americana*. Editorial Seix Barral, Barcelona. 1969.

⁹ Luis Maira, “

¹⁰ Véase Marco A. Gandasegui (Coordinador), “Crisis de Hegemonía de Estados Unidos en el Siglo XXI”, en: revista *Tareas*, No. 120, Mayo-Agosto, CELA, Panamá, 2005, y Marco A. Gandasegui, hijo (Coordinador), *Crisis de hegemonía en Estados Unidos*, Siglo XXI Editores-CLACSO, México, 2007.

que se consideraba como excesos de las concepciones y políticas liberales, y portador de propuestas que restablecerían el orden tradicional y superarían las debilidades de los gobiernos demócratas que las habían auspiciado), reactiva las tendencias y organizaciones conservadoras. El movimiento resultante es el que apoya la nominación de Ronald Reagan en las elecciones de 1980 e impulsa la “revolución conservadora”, en un esfuerzo por devolverle a la nación la autoestima, por recuperar la imagen de los Estados Unidos ante el mundo y reparar las grietas en su sistema de dominación. La continuidad de este proceso se evidencia --más allá del paréntesis histórico que coloca la Administración Clinton durante casi un decenio en los años de 1990--, en el resurgimiento de la opción conservadora, con el doble período de gobierno de W. Bush.

III

Según lo examina de modo acucioso Jesús Velasco Márquez, la guerra entre los Estados Unidos y la Confederación de Estados de América fue concebida desde dos perspectivas diferentes por los respectivos gobiernos. Para el primero fue un conflicto interno, una guerra civil; para la segunda, una guerra de independencia, una guerra de secesión. Sobre estas premisas, la Unión diseñó una estrategia para bloquear e invadir el territorio confederado y suprimir su gobierno; por su parte, la Confederación adoptó una posición defensiva para mantener la independencia del país. Esta divergencia conceptual explica en gran medida el triunfo final de la primera, aunque

hay que añadir otros factores importantes de orden económico y social. La Unión contaba con muchos más recursos humanos y materiales para sufragar la guerra que la Confederación. Asimismo, con una diplomacia hábil pudo obstaculizar cualquier intento externo que pretendiera reconocer y ayudar al gobierno confederado. Una de estas medidas fue la Proclama de Emancipación, promulgada el 22 de septiembre de 1862, la cual decretaba la libertad de los esclavos en todos los estados “rebeldes”, a partir del 1º de enero del siguiente año. La proclama fue más un instrumento político que humanitario, ya que la manipulación solo se hacía extensiva a los estados esclavistas que se habían separado de la Unión y no a los cuatro que permanecían en ella¹¹.

“El resultado de la guerra civil --señala Velasco Márquez-- tuvo un doble y trascendental significado. Por una parte, quedaron resueltas las imprecisiones constitucionales sobre los derechos de los estados frente a la autoridad federal; la primacía de la soberanía nacional sobre la soberanía estatal quedó definida claramente. Por la otra, el proyecto socioeconómico del Norte, basado en el desarrollo industrial y el trabajo libre, se impuso sobre el proyecto agrícola comercial y esclavista del Sur. En consecuencia, a partir de entonces los Estados Unidos sí contaron con un proyecto nacional único, aunque hubiera sido impuesto mediante una especie de conquista

¹¹ Véase Jesús Velasco Márquez, “Visión panorámica de la historia de Estados Unidos”, en Rafael Fernández de Castro y Hazel Blackmore (Coordinadores), *¿Qué es Estados Unidos?*, Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

de una parte de sus ciudadanos sobre la otra”¹².

“Al concluir la guerra, sin embargo --agrega--, quedaba por delante un problema difícil de resolver: el de la forma para reincorporar a los estados secesionistas a la Unión. La tarea para llevar a cabo este proceso estuvo determinada por diversos factores. Desde el punto de vista constitucional, el Norte había sostenido que la secesión era ilegal y que los estados de la Confederación, aunque en rebeldía, eran parte de la Unión; no obstante, los sureños habían mantenido su derecho legal a separarse. Al concluir la guerra, ansiosos de volver a formar parte de la Unión tan pronto como fuera posible, adoptaron el punto de vista norteamericano; sin embargo, en el Norte se dejó a un lado su original sustentación para poder ejercer mayor control sobre los estados sureños. Desde la perspectiva económica, en el Norte prevaleció la opinión de que los costos de la guerra debían recaer sobre los exconfederados; además de que los intereses industriales se inclinaban por retardar la participación política del Sur, a fin de que su programa proteccionista no se viera afectado. Los abolicionistas, por su parte, insistieron no sólo en llevar a cabo la emancipación total de los esclavos --lo cual se concretó al adoptarse la Decimotercera Enmienda a la Constitución, ratificada en diciembre de 1865--, sino también en lograr la igualdad social y política de los negros en el Sur. Por último, el Partido Republicano concibió la victoria como triunfo propio, por lo que sus dirigentes consideraron que debía tener un dominio político perpetuo, ya que de otra manera el peligro de la secesión

quedaría latente. A pesar de lo anterior, las opiniones en el seno del gobierno y del Partido Republicano tuvieron matices: los moderados, representados por los presidentes Lincoln y Andrew Johnson, se inclinaron por la adopción de una política de reconciliación indulgente; los radicales, por el contrario, pugnaron por mantener un continuo y férreo control sobre los estados rebeldes”¹³.

No es propósito del presente recuento profundizar en la contextualización ni en el desarrollo de la guerra civil como tal, sino apenas fijar determinados momentos {útiles para ubicar el proceso, de modo que sólo se apuntan algunas referencias historiográficas¹⁴. Sin embargo, para la cultura y la identidad nacional norteamericanas, el tema ha sido y es de la mayor relevancia, siendo objeto de múltiples aproximaciones y manipulaciones, incluso con diferentes signos políticos, tanto a través de las ciencias sociales como de los medios de comunicación y el arte, distinguiéndose la literatura y el cine¹⁵.

¹³ *Idem.*

¹⁴ Véanse, entre otras, obras como la de Samuel E. Morison y Henry S. Commager, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica*, 3 Vols., Fondo de Cultura Económica, México, 1951, y la de Thomas Bender, *Historia de los Estados Unidos: una nación entre naciones*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2011.

¹⁵ Véanse, por ejemplo, interesantes trabajos, como el de Gilda Bevilacqua, “La Guerra Civil Norteamericana, una representación-interpretación radical en el Cine y desde la Historia”, en: Fabio Nigra (Coordinador), *Hollywood. Ideología y consenso en la historia de Estados Unidos*, Editorial MAIPUE, Ituzaingó, 2010 y el libro de Fabio Nigra, *Hollywood y la historia de Estados Unidos. La fórmula estadounidense para contar su pasado*, Imago-Mundi, Buenos Aires, 2012.

¹² Jesús Velasco Márquez, *Op. Cit.*, p. 51.

Conviene recordar que el proceso de reconstrucción nacional tuvo cuatro etapas principales: la primera durante el gobierno de Lincoln; la segunda, entre 1865 y 1866, bajo la iniciativa del presidente Andrew Johnson; la tercera, de 1866 a 1868, durante la cual los radicales condujeron su propio proyecto; y, finalmente, la cuarta, después de 1868, durante la cual los sureños revirtieron gradualmente la política de los republicanos radicales.

Como lo resume Alberto Prieto Rozos, “las necesidades de la guerra civil fueron un enorme acicate para el desarrollo del Norte; se fomentó la energía eléctrica, la explotación del hierro y el avance de la inventiva y de las ciencias. Mientras, amparadas en el proteccionismo, se incrementaban las industrias del hierro y el acero. Luego, terminado el conflicto bélico originado por la secesión, la burguesía yanqui se lanzó a un desenfrenado proceso de inversión de capitales en las regiones del Sur y el Oeste de la Unión. Uno de los empeños más importantes de aquel periodo fue la culminación del primer ferrocarril intercontinental, que vinculó de “costa a costa” al país, con lo cual surgió entonces un verdadero mercado nacional unificado. A la vez, algunas de las más importantes empresas comenzaron a dominar determinadas ramas de la economía. Dicha tendencia se puede ejemplificar en Andrew Carnegie, con fuertes intereses en: la metalurgia, fábricas de insumos para locomotoras, flotas de barcos a vapor y yacimientos minerales. Esos negocios después se fusionaban con otros para impulsar el surgimiento de nuevas compañías, cuyos capitales se centralizaban y

concentraban hasta constituir corporaciones o consorcios, que atraían accionistas de diversa procedencia y llegaban a controlar los mercados, lo cual las dotó de inconmensurable influencia política. Otras manifestaciones del referido proceso aglutinador pudieran ser la *Standard Oil Company*, fundada por *Rockefeller*, o la *Armour* y la *Swift* en el comercio de las carnes, así como el de la *Western Union* en las comunicaciones. De forma tal que en pocas décadas brotaron unos trescientos monopolios en esferas en las cuales antes funcionaban unas cinco mil entidades independientes. Pero el acelerado proceso de crecimiento y reorganización de la economía era tan impetuoso, que a pesar de comenzar los Estados Unidos a rivalizar desde 1880 con Inglaterra por el volumen de su producción industrial –cada país representaba un 28% del total fabril del mundo-, la Unión continuaba requiriendo capitales europeos, pues no contaban con suficientes propios que estuviesen ociosos. Semejante impulso permitió que en una década esa rama de la economía estadounidense sobrepasara en el producto interno bruto (PIB) al sector agrícola, aunque en éste se transitó asimismo del trabajo manual al mecanizado. Ello se puede simbolizar bien en las cosechadoras *McCormick*, cuyo uso facilitó duplicar la superficie cultivada en toda la Unión, sobre todo en los territorios previamente arrebatados a México”¹⁶.

¹⁶ Alberto Prieto Rozos, “Una visión cubana de la historia de los Estados Unidos”, en: Jorge Hernández Martínez (Coordinador), *Los EE UU a la luz del siglo XXI*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. 35.

Desde un punto de vista global, durante el período que sigue a la guerra civil tiene lugar en los Estados Unidos el contradictorio y complejo proceso de transición del capitalismo premonopolista hacia la fase imperialista, en cuyo marco se hacen muy visibles nuevas contradicciones. Las estructuras económicas, productivas, sociales y clasistas se irán transformando, dando lugar a nuevos intereses y conflictos. El auge tecnológico, el desarrollo de las redes viales y el sistema de comunicaciones, el proceso de urbanización, el crecimiento demográfico, el auge de la inmigración, el dinamismo de los movimientos sociales, la culminación del despojo y genocidio a la población india nativa, el desarrollo de los monopolios y la aparición de las primeras crisis, conforman el panorama de la sociedad estadounidense durante los decenios que siguen a la guerra y a la reconstrucción, en su trayecto hacia el imperialismo, entre la década de 1890 y las primeras del siglo XX.

IV

La sociedad norteamericana, a pesar de sus conflictos internos, ha sido predominantemente consensual, debido a la adhesión de la mayor parte de su población y de los sectores que la componen a determinados acuerdos básicos, establecidos sobre la base de los valores del capitalismo como modo de producción, formación social y patrón de organización económica, y de la democracia liberal, como forma acompañante de organización política. Algunos autores incorporan otros elementos, como constitutivos del “credo norteamericano”: el liberalismo, el

individualismo, la democracia, el igualitarismo y una cierta actitud de independencia ante el gobierno y la centralización. Desde ese punto de vista, se asume que el consenso se da sobre las particularidades que la democracia liberal adquirió en los Estados Unidos desde la formación de la nación --acorde con el análisis expuesto en el anterior epígrafe--, cuyos rasgos formales han persistido. Y, asimismo, se considera que en la sociedad norteamericana no ha existido ninguna crisis de consenso, en la medida en que nunca se han puesto en tela de juicio esos atributos del consenso estadounidense o del citado “credo”. Por eso es que se afirma que se trata de un país con un alto índice de conflicto, pero donde el debate político tiene lugar dentro de márgenes ideológicos muy estrechos. Ello es lo que nutre, esencialmente, la cultura política norteamericana.

A lo largo de su historia, ese consenso expresa un proyecto nacional en cuya base radica un acuerdo en cuanto al modo en que se articula la relación individuo-sociedad-Estado-política pública-sistema mundial, dentro de coordenadas impuestas por el federalismo, el bipartidismo, la división de poderes y el esquema de pesos y contrapesos, de costos y beneficios, donde encuentran sentido los elementos mencionados. De ahí que el proyecto nacional con el que surgen los Estados Unidos desde su fundación --asociado al proceso de negociación y creación del sistema político norteamericano y a la pugna entre federalistas y antifederalistas--, se termina de establecer a finales de la década de 1780 y se extiende hasta comienzos de la

de 1860, cuando surgen las convenciones partidistas, teniendo como actores principales al partido Whig y al Partido Demócrata, y donde la industrialización trastocaba tanto la mentalidad como las relaciones laborales, el tejido social, la red urbana y las relaciones campo-ciudad, junto a la manera en que se encaraban los derechos y deberes ciudadanos, incluyendo los concernientes al género.

Ese proyecto nacional se reajusta en el marco de la Guerra Civil y de sus secuelas, entre 1860 y 1893 aproximadamente, ante el agotamiento del Partido *Whig* y la creación del Partido Republicano, bajo la influencia del abolicionismo en ascenso, las tensiones raciales no resueltas, la revolución industrial, el crecimiento de la inmigración, el aumento de la densidad demográfica, el nacimiento de los monopolios y del capital financiero. Con posterioridad, el *New Deal* fija un nuevo marco de organización a la sociedad norteamericana desde los años de 1930, al reestructurarse el proyecto nacional a partir de la Administración demócrata de Franklin D. Roosevelt, que saca al país de la gran depresión. Con ello se definen las bases del gran proyecto nacional que consolidará de los Estados Unidos como la primera potencia del mundo en el período de entre guerras mundiales, y que le convertirá luego en la potencia hegemónica del sistema capitalista internacional, en la segunda postguerra, asegurándole niveles de prosperidad y expansión que ningún otro país había conocido antes.

Dicho modelo de nación, cuyo contenido sería complementado por la Administración Truman a finales del decenio de 1940,

incluyó una reconfiguración de la organización política, la reestructuración económica y la redefinición del papel del Estado en su funcionamiento, así como del papel de los Estados Unidos en la vida mundial. Es decir, la fisonomía de la sociedad norteamericana se vería transformada en ese entramado de nexos individuo-sociedad-Estado-política pública-sistema internacional. El proyecto así articulado permanecería durante cuarenta años, exhibiendo un modelo que sentaría las bases para la creación de un nuevo marco de relaciones para el desarrollo de la sociedad estadounidense. Ese sería el más importante y profundo reajuste, en el transcurso del siglo XX. Ese proyecto sería suscrito incluso por los presidentes republicanos posteriores a la segunda guerra mundial.

El prolongado período de ascenso y prosperidad que los Estados Unidos vivieran después de la segunda guerra mundial halló precisamente su explicación en los vigorosos fundamentos del proyecto rooseveltiano. Este se basaba en un consistente esfuerzo por asegurar la hegemonía internacional del país, convirtiéndolo en una potencia global y en el líder indiscutido del sistema capitalista, en un creciente ensanchamiento del quehacer económico del Estado, que a partir del *New Deal* encaminó a la sociedad norteamericana hacia el llamado Estado de bienestar y en una vigorización de la presidencia, para garantizarle una efectiva conducción política a la nación. Este modelo funcionó eficazmente mientras sus supuestos se conservaron vigentes. La crisis capitalista registrada a mediados del decenio de 1970 sería el marco de un proceso complejo, que actuaría como causa, consecuencia y factor

de conciencia del agotamiento de dicho modelo. Los problemas acumulados al calor de dicha crisis se entrelazarían con otros factores, ya aludidos, derivados de las crisis de legitimidad, credibilidad y confianza que significaron el escándalo *Watergate*, la derrota en Vietnam y los reveses internacionales que enfrentaron los Estados Unidos, todo lo cual cristaliza en 1980 y la revolución conservadora, cuyo legado obliga a reiterar las referencias a su significado, como parteaguas en la historia política norteamericana reciente.¹⁷

Con ese fenómeno se inauguraba otro período de cambio en ese país, que revelaba, en este caso, el crepúsculo del proyecto liberal que había servido de patrón al quehacer estadounidense por cuatro décadas y transfiguraba la cultura política. La crisis del proyecto nacional rooseveltiano no era, como ya se ha señalado, expresión de una incapacidad personal o gubernamental ante los gravísimos problemas de la crisis económica, política y moral de finales de los años de 1970 y el decenio de 1980, o para adaptarse a las realidades de un mundo cambiante. En medida importante, esto se debía, como también se ha explicado, a que las condiciones objetivas en que el proyecto del *New Deal* había surgido habían variado. Tanto la organización productiva, distribución regional, como el sistema urbano, y el papel de movimientos sociales y grupos minoritarios: eran todos factores originales del proyecto liberal que en 1980 no se hacían presentes del mismo modo que en 1930. En cambio, un nuevo dinamismo y

la estructuración de una coalición distinta a la del *New Deal* (conformada por el partido demócrata, el movimiento negro, los hispanos, las mujeres, la clase obrera organizada), compuesta por empresarios pequeños y medianos, una clase media afluente, agricultores, grupos religiosos fundamentalistas, confluía, por otra parte, hacia un nuevo modelo, que se nutría de la ideología conservadora, abrazaba expresiones de nativismo y populismo, aunque no se tratase de una articulación acabada. Más bien configuraba entonces una coalición incipiente, pero aún algo confusa, contradictoria y difusa. No obstante, en breve plazo, y salvando las distancias necesarias, en el período comprendido entre fines de los años de 1970 y la década de 1980, ocurrió algo parecido a los tiempos de Roosevelt, en el decenio de 1930.

Como sucedió con la coalición del *New Deal*, empezó a conformarse una suerte de “bloque histórico”, acompañada de un creciente abanico de fuerzas sociales, junto a una suerte de modelo o proyecto nacional, que ganaba en definición. Con ello se transformaron las bases del debate político norteamericano, definiéndose un nuevo consenso en torno a temas generales, pero trascendentes (menos gobierno, reconstrucción del poderío militar) y proyectándose una visión de la nación norteamericana, con proyecciones de futuro. Aunque al principio parecía que se trataría de un movimiento efímero, que a lo sumo duraría lo que la popularidad de Reagan, la revolución conservadora dejó una cosecha cuya huella en la sociedad norteamericana permanece durante el gobierno de Bush (padre), se mantiene con perfiles menores,

¹⁷ Véase Walter Dean Burnham, *The Current Crisis of American Politics*, Oxford University Press, New York, 1982.

en ocasiones, latentes, pero sin desaparecer, bajo la doble Administración Clinton, y reaparece con mayor organicidad, fuerza y coherencia en la era de la doble Administración de W. Bush. Los cambios operados en estos años se expresaron tanto al nivel de transformaciones económicas, políticas y sociales como en el plano subjetivo. Como lo previó William Schneider, la verdadera magnitud de la revolución conservadora no sería palpable en el corto plazo, sino que sólo sería visible a largo plazo¹⁸.

Los resultados de las elecciones de 1980 tienen gran importancia para este análisis, por lo cual conviene, según se anticipaba, retomarla como referencia. Tales comicios fueron valorados por muchos estudiosos como una suerte de giro crucial en la historia política de ese país. Lo que se argumentaba, en esencia, era que ello constituía un punto de inflexión, atendiendo básicamente a la viabilidad que había encontrado, en el tablero político nacional, una opción de extrema derecha que representaba el ocaso del proyecto liberal que había servido de patrón al quehacer estatal norteamericano por cuatro décadas, pero que arrastraba su decadencia desde la segunda mitad de los años sesenta.

Para no pocos estudiosos, el proyecto que proponía el conservadurismo en los Estados Unidos en los años de 1980 se concebía como un fenómeno fragmentado e inconcluso, que tropezaba con grandes resistencias en importantes sectores de la sociedad, a nivel

subjetivo, y que encontraba obstáculos objetivos de significación. Se desconocía, así, que desde hacía una veintena de años ya se advertía una suerte de cosecha cultural, que iluminaba el ulterior sendero ideológico en ese país. Y de entonces a la fecha, la historia ha demostrado que la experiencia conservadora de entonces tiene continuidad, confirmándose la afirmación de William Schneider según la cual la verdadera magnitud de la revolución conservadora sólo sería visible a largo plazo.¹⁹

A partir de lo expuesto, el proceso político-ideológico iniciado con la Administración Reagan no debiera concebirse como un fenómeno subjetivo coyuntural, expresión voluntarista de un sector de poder, temporalmente establecido en la presidencia, sino como el resultado de una acumulación de tensiones y contradicciones objetivas, que se canalizan cuando maduran las condiciones. El mismo posee una trascendencia que más allá de estremecer la sociedad, la economía y la política de entonces en los Estados Unidos, permanece en la vida nacional y deja huellas relevantes a nivel espiritual. Es decir, se trata de un proceso que influye en el contexto político-ideológico y cultural de la sociedad norteamericana, reestructurando concepciones y prácticas tradicionales e imponiendo nuevos marcos de referencia. Según lo constataba Gore Vidal --haciendo suyas las tesis del historiador Charles A. Beard--, en dicho decenio cristaliza un cambio cualitativo que, en su opinión, trastoca el sentido de la democracia en ese

¹⁸ Véase William Schneider, "Half a Realignment", *The New Republic*, 3th December, 1984, y "An Uncertain Consensus", *National Journal*, 11 th October, 1984.

¹⁹ Véase William Schneider, "El electorado norteamericano un año antes de las elecciones de 1984, en: *Nueva Sociedad* No. 69, Caracas, | Noviembre / Diciembre 1983.

país, tal como se le concebía y presentaba dentro y fuera del mismo, como una verdad que como regla ni se cuestionaba, y que constituye lo que califica como el paso de "la vieja república al Estado de seguridad nacional." Desde ese punto de vista, se opera una transición ideológica e institucional, que conlleva una forma de estructuración estatal, que posibilita una nueva etapa en el desarrollo del imperialismo, cuyo propósito ahora es desenvolverse en medio de lo que parece ser una guerra permanente.²⁰

En la actualidad, en la segunda década del presente siglo, pareciera que están dándose elementos que ilustran una rearticulación de procesos que pueden indicar una tendencia que se aleja del liberalismo tradicional, se mezcla con enfoques conservadores.

V

La situación general del país al iniciar Obama el último año de su doble mandato muestra altibajos, en diferentes terrenos, como el de la economía, los niveles de popularidad del Presidente, le legitimidad de la política exterior y el lugar mundial de la nación. La ejecutoria presidencial sigue atrapada entre ambivalencias y contradicciones. Se inició un proceso que podría ser histórico, de restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba, se sigue insistiendo a partir de VII Cumbre de las Américas, realizada en Panamá, en un cambio en la política hacia América Latina, pero a la vez el tratamiento a Venezuela permanece dentro

²⁰ Gore Vidal, *Perpetual War for Perpetual Peace, Thunder's, Mouth Press-Nation Books, New York, 2002.*

de los esquemas de promoción de la subversión.

La temprana campaña presidencial de cara a los comicios de 2016 muestra al partido demócrata sin demasiada fuerza ni cohesión, y al republicano sumamente dividido. No se advierten plataformas sólidas en cuanto a proyecciones económicas, política doméstica ni internacional. Valores como la democracia, la libertad, el anhelo de paz y la igualdad de oportunidades, ensamblados en el ideario de los Padres Fundadores, se desdibujan de manera casi constante y creciente, dentro de un clima donde florecen el fundamentalismo religioso protestante, el nativismo y el populismo. De modo intermitente, ello se manifiesta en las oscilaciones, casi constantes, en los niveles de popularidad de la figura presidencial y en los ataques al liberalismo o al partido demócrata.

Obama ha prestado mucha atención a la dimensión moral de la política. No ha sido, desde luego, algo casual. Los valores y principios que definen a la sociedad norteamericana tienen su raíz, como en cualquier país, en las simientes de su historia nacional. Si uno quiere entender las bases que sostienen el proceso de integración de una cultura, no puede obviar la mirada hacia su etapa fundacional. Es en la articulación inicial de los factores y condiciones que se mezclan e interactúan, en esa secuencia, que se vertebra la armazón del sistema de valores, el conjunto de concepciones, que caracterizará luego la psicología nacional, la idiosincrasia, la cultura política de una nación. De ahí que los soportes de los Estados Unidos en el siglo XXI se encuentren

en el proceso mismo de su formación como país independiente.

Desde este ángulo, conviene tener presente, como la expresa Jaime Zuluaga Nieto con gran capacidad ilustrativa, que los Estados Unidos no solamente se presentan como guardián (gendarme internacional) de la civilización (libertad y democracia), también son la nación pujante, emprendedora, que impuso la producción en masa para el consumo generalizado que, en la lógica del capital, es condición para que exista la posibilidad de bienestar material alcance a toda la humanidad (...). Libertad y progreso, individualismo y consumismo, democracia y mercado, son parejas de valores sobre las cuales se levanta el influjo ideológico del *sueño americano* y del *american way of life*. Los Estados Unidos lograron, a lo largo de la historia y a pesar de su tradición intervencionista, construir un imaginario social libertario, inundar al mundo con mercancías producidas masivamente e incrementar el ingreso de sus trabajadores, produciendo el mito de ser una sociedad organizada con base en la libertad y la democracia, condición *sine quanon* del éxito económico, tecnológico y científico²¹.

Todo ello acontece en un escenario interno en el que según Thomas Frank, desde que los conservadores asumieron las principales palancas del gobierno, se han concentrado en eliminar de la faz del país todo pensamiento u opción política que sea liberal, progresista

²¹ Jaime Zuluaga Nieto, "La construcción de la identidad nacional", en Marco A. Gandásegui y Dídimo Castillo Fernández (Coordinadores), *Estados Unidos: la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, CLACSO/Editorial Siglo XXI, México, 2010, pp. 157-160.

o inclinada a la izquierda, alegando que los vicios que dañan la sociedad y la cultura nacional son privativos de las corrientes liberales y progresistas (corrupción, exceso de gastos fiscales.²²

La crisis político-ideológica que enfrentan los Estados Unidos en este momento es la resultante del intento del movimiento conservador por hegemonizar y dominar permanentemente el entramado político norteamericano hacia el futuro. Respecto a cómo se resolverá esta crisis no hay ese nivel de consenso". Convergen con este criterio otros autores, como Susan George, quien al referirse al predominio del conservadurismo actual en la sociedad norteamericana utiliza la expresión de que el "pensamiento ha sido secuestrado" por la derecha, y que difícilmente pueda ser desmantelado, con lo cual coinciden otros estudiosos, como John Micklethwait y Adrian Wooldridge²³.

Sobre la base de lo expuesto, en el corto plazo, es obvia la incapacidad político-partidista de demócratas y republicanos para emprender los cambios integrales (también energéticos, ambientales, sociales, educacionales) que requiere la actual coyuntura histórica de los Estados Unidos. Las elecciones presidenciales de 2016 serán, probablemente, el mejor testimonio.

²² Véase Thomas Frank, *The Wrecking Crew: How Conservatives Rule?*, New York, Metropolitan Books, 2008.

²³ Véase Susan George, *El pensamiento secuestrado. Cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos*, Ediciones Icaria, Madrid, 2007. Los dos periodistas mencionados son columnistas de *The Economist*, y autores del libro *La Nación Conservadora. El poder de la derecha en Estados Unidos*, Editorial Debate, Barcelona, 2008.

La cultura política seguirá marcada por crecientes contradicciones, en una sociedad que se halla en transición histórica, en la que la democracia seguirá perdiendo espacios tradicionales. Ello ya se aprecia en la creciente desmotivación ciudadana ante su participación en los procesos electorarios, el abstencionismo, el empobrecimiento general de la vida política de la nación y la pérdida de adhesión partidista.

Como telón de fondo, la profundidad y persistencia de la crisis económica y financiera que viven los Estados Unidos, en medio de reanimaciones o recuperaciones efímeras, sigue colocando interrogantes a las opciones que se diseñan como paliativos sin efectividad, junto a la declinación hegemónica en el sistema internacional. No se trata ahora, claro está, del viejo contrapunto entre el Norte, defendiendo la producción para el mercado interno y el proteccionismo, y el Sur, aferrado a la agro-exportación y el librecambismo. Pero de alguna manera esa sociedad se sigue presentando como una casa dividida.